

caron en la misma problemática: la sustentación de María como virgen sin mancha antes, durante y después del parto. Los primeros exégetas que abordaron dicha dificultad fueron los Padres de la Iglesia, tratando de compaginar el matrimonio verdadero de San José y María, y a su vez, legitimar el perpetuo estado inmaculado de la madre de Cristo<sup>2</sup>. Como pronta solución, fue revestido con canas y arrugas, en concordancia con las interpretaciones. Por ejemplo, Epifanio de Salamina (315–403) proponía como prueba de la virginidad de María la impotencia de San José por tratarse de un anciano octogenario al momento de los desposorios.

Aunado a las escasas fuentes informativas y sorteando los “inconvenientes” de su presencia, San José mantuvo un status marginal a lo largo de quince siglos, teniendo cabida y validez únicamente en el *Oriens christianus*, creador de sus fuentes primigenias<sup>3</sup>. Inmerso en los terruños tardomedievales, el descrédito josefino llegó hasta el más crudo escarnio<sup>4</sup>. Ante la incredulidad popular de la divina concepción de Cristo -emulando la actitud dubitativa de las herejías gnósticas-, y el papel “afeminado” de San José -al realizar, según la literatura piadosa de la época, labores discordes con el género masculino tales como lavar pañales, preparar la comida, etc., fungiendo como sirviente de sus allegados divinos-, a partir de la perspectiva de predominio del hombre sobre la mujer propio del Medioevo<sup>5</sup>, en la múltiple producción cultural de pintura y literatura devocional, éste aparece como un sujeto vetusto, marginado y ridiculizado, que no merece la loa del pueblo cristiano<sup>6</sup>.

Sin embargo, a partir del interés por reivindicar su eximia participación en el plan salvífico, surgieron los apologetas josefinos, entre santos y eruditos que enarbolaron las gracias josefinas en emulación de las marianas<sup>7</sup>. Luego entonces, se experimentó una simbiosis entre la visión desacreditadora de una tradición añeja y la innovadora exaltación de San José. En el entorno hispánico, mancomunado con los intereses de la Corona, se recurrió al amparo josefino en espera de la irrigación de bienes divinos sobre la Península y sus territorios anejos, entre ellos Nueva España<sup>8</sup>.

Allende al mar, en la póstuma “América septentrional”, la maquinaria evangelizadora iniciada por los mendicantes, se auxilió de San José con el fin de construir engranajes entre las culturas divergentes. Así, nuestro santo fue

<sup>2</sup> CARRASCO SIERRA 1999.

<sup>3</sup> MONFERRER SALA 2003; GARRIDO BONAÑO 1971.

<sup>4</sup> GARCÍA GUINEA 1948: 77–78; HUIZINGA 1961: 231–233; REAU 1997: 164–165.

<sup>5</sup> Apuntalando dicha estratificación en extractos bíblicos como las epístolas paulinas o el relato del Génesis.

<sup>6</sup> MERLO 2013: 18–20, 25–32.

<sup>7</sup> CANALS VIDAL 2007.

<sup>8</sup> JESÚS MARÍA 1981: 674; MERLO 2013: 49–51.